

ULTIMA LAMENTACION

DE

LORD BYRON

(AÑO DE 1823)

I

Otra vez incansable peregrino,
Ansioso de cruzar pueblos extraños,
Vuelvo á emprender el áspero camino
Que seguí errante en mis primeros años.
Al duro peso del dolor me inclino,
Póstranme fatigosos desengaños;
Pero arrastrado á mi pesar me sienta
Como las hojas secas por el viento (1).

— 89 —

II

Huérfano y solo abandoné mis lares,
Marcando el rumbo hácia remotos climas:
Surqué á mi antojo procelosos mares
Y hallé la nieve de empinadas cimas.
Mas doquiera la hiel de mis pesares
Vertí en acerbas y sonoras rimas;
Por todas partes implacable y frío
Fué detrás de mis pasos el hastío.

III

¿Por qué, por qué desde mi Abril temprano
Molesto huésped á mi hogar se sienta,
La copa del placer rompe en mi mano
Y hasta en los brazos del amor me afrenta?
¡Ay! ¿Quién pregunta al férvido océano
Por qué ruge ó se aplaca la tormenta?
Como el profundo mar, no tiene² el alma
Terribles horas de angustiosa calma?

IV

Más terribles quizá, porque es más grande,
Y en su furor satánico no tiene
Ley que la rija, halago que la ablande,
Ni costa que sus impetus refrene.
Ya brusca y pavorosa se desmante,
Ya sus olas indómitas serene,
La causa á que obedece queda oscura.
— ¿Es el poder del génio? ¿Es la locura?

V

¡El genio! ¡La locura!... ¿Quién decide
Tan difícil cuestion? ¿Quién fija y nombra
La línea imperceptible en que coincide
La clara luz con la nocturna sombra?
¿Dónde está nuestro juicio? ¿Quién le mide?
¡Con frecuencia el azar! ¿Y á quién no asombra
Ver que la humanidad cobarde ó ciega,
Al éxito se rinde y se doblega?

VI

Pirámides de cráneos contra el cielo
Levanta Temerlan una tras una;
Oprime el Asia sin temor ni duelo,
Y es grande, y la lisonja le importuna.
Locos son Catalina y Massanielo
Porque les fué contraria la fortuna.
Que la suerte quizás no merecida,
Es genio, y es demencia la caída.

VII

Mas ¡ay! ¿qué valen mis cansadas quejas?
Con mis vanos lamentos ¿qué consigo?
Viejo es el mundo, sus desdichas viejas,
Y en sus crímenes lleva su castigo. —
Nunc — tedio mortal, nunca me dejas,
Donde quiera que voy, tú vas conmigo.
Y no sé resistir cuando me envías
Noches sin sueño y fatigosos días.

VIII

¡Días de horrible lasitud! El cielo
Trasparente y azul me causa enojos,
Cubre la tierra insoportable velo
Y el llanto anubla sin razon mis ojos.
Como un sepulcro el corazon de hielo
Guarda de mi entusiasmo los despojos
Y están en esas horas de bonanza
Mudo el deseo y muda la esperanza.

IX

No acierto á comprender qué afinidades
Hay entre el mar y el pensamiento humano,
Entre esas dos augustas majestades
Que el abismo contiene y el arcano.
Hondas borrascas, sordas tempestades
Conmueven la razon y el océano:
Sólo que rugen el mar cuando batalla
Y el pensamiento en sus tormentas, calla.

X

¡Venga la tempestad! Cuando resuena
Su fragorosa voz, y estalla el rayo,
Y el huracan encrespa su melena,
Sacude el alma su mortal desmayo.
Entre el horror de la sublime escena
Aliento, gozo, á mi placer me explayo.
Despues... vuelve la calma abrumadora
Y el tedio de la vida me devora.

XI

Partí de cara al sol. No se qué extraña
Y misteriosa fuerza me impelía
Á esas regiones fértiles que baña
La fecundante luz del Mediodía.
Italia, Grecia, Portugal y España,
Pueblos gigantes cuando Dios quería
Y hoy sombra nada más de lo que fuéron.
Con sus muertas grandezas me atraieron.

XII

Descendí por la rápida pendiente
De los agrestes Alpes, que, vecinos
Al sol, elevan su nevada frente
Orlada á trechos de silvestres pinos :
Salvando ya el abismo, ya el torrente,
Ya el traidor ventisquero, por caminos
Que abrió el barreno en la montaña dura,
Bajé de Italia á la feraz llanura.

XIII

¡ Con qué consolador recogimiento
Yo, pobre y olvidado vagabundo,
Sin hogar y sin lazos como el viento,
Miré á mis plantas el verjel del mundo !
Europa en vergonzoso enervamiento
Yacia entónces y en sopor profundo,
Cual gladiador que tras penosa brega
Sus recios miembros al descanso entrega.

XIV

¡ Oh, bien me acuerdo ! Reposaba todo.
Y recogía atónita la historia
La sangre con las lágrimas, el lodo
Con la virtud, la infamia con la gloria.
Era pasado el trágico período
Que vivirá del tiempo en la memoria,
En que acosada el águila del Sena
Cayó, para no alzarse, en Santa Elena.

XV

¡ La guerra enmudeció ! Sólo el tirano
Que en los arduos empeños de su vida
Supo ser, con aliento soberano,
En todo grande, excepto en la caída,
Se revolvía en el peñon lejano
Con ruda y formidable sacudida :
El mar encadenaba su egoísmo
Y era un abismo en medio de otro abismo.

XVI

Mas ¡ ay ! ¿ Por qué fatalidad que aterra,
Por qué inconstancia de la suerte impía
Al hundirse el azote de la tierra
Más feroz despertó la tiranía ?
Cuando cambió la asoladora guerra
Los destinos humanos en un día,
La presa que las águilas soltaron
Mil carnívoros buitres devoraron.

XVII

No fué ya el despotismo del coloso
Que, como rio de encendida lava,
Al avanzar rugiente y proceloso
Con sus olas de fuego deslumbraba.
El fanatismo fué torpe y mañoso
Que los cimientos de la fe socava ;
Fué el miedo suspicaz, el más inmundado
De los tiranos que soporta el mundo.

XVIII

No vistió nunca el militar arreo,
Y fué al moverse entre la sombra oscura,
Su casco de batalla el solideo
Y el monástico sayo su armadura.
Incansable y voraz como el deseo,
Mortal como la lenta calentura,
Blandió contra la tierra amedrentada
Más la cruz que la punta de su espada (3).

XIX

Si es ley que la revuelta muchedumbre
El yugo sufra de atrevida mano,
Que la enaltezca al ménos y deslumbre
Con sus épicas glorias el tirano ;
Y ya que con forzada servidumbre
Pague sus culpas el linaje humano,
El brazo vigoroso que le venza
Infúndale terror, y no vergüenza.

XX

En el nombre de Dios la heróica España
Que el mundo despertó de su letargo,
Como premio debido á tanta hazaña
Sufre martirio ignominioso y largo.
De la propia opresion y de la extraña
Coge Italia infeliz el fruto amargo.
Y cual botin en manos de bandidos
Ve sus hermosos campos repartidos.

XXI

En el nombre de Dios los calabozos
Abren sus anchas fauces, nunca llenas.
Donde sólo responde á los sollozos
Del desdichado, el són de sus cadenas ;
En el nombre de Dios viejos y mozos
En extranjero hogar lloran sus penas ;
En el nombre de Dios fiera cuchilla,
Cercena la cerviz que no se humilla

XXII

Todo en nombre de Dios ¡blasfemia horrenda!
Yo sé que para el Dios de mis mayores
El humo del incienso es grata ofrenda.
No de la hirviente sangre los vapores.
Iris de santa paz en la contienda,
Sé que extiende sus brazos redentores
Para estrecharnos con amor profundo,
¡ Ay ! pero no para oprimir el mundo.

XXIII

Te han calumniado ¡oh Dios! Tú oyes el grito
Del corazón doliente y consternado,
Tienes misericordia y no has proscrito
La augusta libertad. ¡Te han calumniado!
Si la insaciable sed á lo infinito
Que aguija mi razón es un pecado,
Si únicamente para el mal existe,
Responsable no soy: Tú me la diste!

XXIV

No puede ser que viva el pensamiento
Dentro de mí como enjaulada fiera;
Sólo para alumbrar nuestro tormento
La antorcha del espíritu no ardiera.
La fe que busco, la inquietud que siento,
El negro abismo, la insondable esfera,
Lo invisible, lo incógnito, lo arcano
Todo está abierto al pensamiento humano.

XXV

Si congojoso afán le ofusca y siega
Y alguna vez quizás cuando le asombra
La oscura soledad por do navega,
No te ve, no te siente, no te nombra,
Si en su aflicción te niega, ¿Quién te niega?
Un átomo, la sombra de una sombra
En la inmutable eternidad perdida;
Menos que sombra: ¡el sueño de una vida!

XXVI

¡Desgraciada del alma que sin tino
En alas del error su vuelo encumbra,
Y abandonada y sola en su camino
Niega la misma luz que le deslumbra;
Que ve á lo lejos el fulgor divino
Y no acierta á salir de la penumbra,
Que avanza confundida á cada instante,
Siempre desesperada y siempre errante!

XXVII

¡Ay! He dudado, dudo todavía,
Pero nunca de tí; si te ocultaras,
Mi ardiente convicción te encontraría.
Pueden turbas frenéticas ó ignaras
Renegar de Jesús y de María,
Quemar sus templos, profanar sus aras;
Puede en horas de espanto y desconsuelo
Como el Olimpo desplomarse el cielo.

XXVIII

Pueden, cual otras ántes, nuestras vivas
Créncias sepultarse en el vacío,
Pues no porque las ondas fugitivas
Vayan al mar, desaparece el río.
Pueden transformaciones sucesivas
Cambiar la faz del mundo á su albedrío;
Tú siempre flotarás con tus eternas
Leyes, sobre los orbes que gobiernas.

XXIX

Si chocaran, haciéndose pedazos,
Los astros con horrible desconcierto ;
Si rotos ¡ ay ! de la atraccion los lazos
Se desquiciara el universo muerto ;
Si quedara al impulso de tus brazos
El espacio sin fin mudo y desierto,
Y el tiempo con sus noches y sus dias
Dejara de existir, tú existirias.

XXX

Mas ¿ á qué esfera mi incessante anhelo
Me arrebatá y trasporta ? A pesar mio
Por la excelsa region remonta el vuelo,
Subiendo en pos de la verdad que ansío ;
Pero el dolor que me sujeta al suelo
Fuérame á descender trémulo y frio,
Cual avé que aletea inquieta y viva
Dentro de la prision que la cautiva.

XXXI

¡ Torno á la triste realidad ! ¿ Y á dónde
Podré volver mi tétrica mirada,
Sin que me aflija abyeccion que esconde
Nuestra mezquina y lóbrega mirada ?
Cuanto más sufra, cuanto más ahonde,
Cuanto más baje el alma infortunada,
Tanto mayor demostrará la tierra
El abismo sin término que encierra.

XXXII

¡ Ay ! ¡ Yo le he visto con horror ! Yo mismo
De incertidumbre y de terrores lleno,
Voy rodando hácia el fondo de ese abismo
Do se amasa con lágrimas el cieno,
La infamia, la traicion y el egoismo
Me han brindado su cáliz de veneno,
Y he sentido al beber su última gota,
Rota mi lira y mi existencia rota.

XXXIII

¡ Patria ! ¡ Risueño hogar ! ¡ Caliente nido
Que nunca más veré ! Turbado y mudo
De vosotros llorando me despido,
Y con adios patético os saludo.
¿ En dónde está la fuente del olvido
Para agotarla toda ? En vano acudo
Á mi flaco valor y lucho en vano
Contigo. ¡ Oh mi recuerdo ! ¡ Oh mi tirano ! (3)

XXXIV

¿ Quién del fondo del alma te desecha ?
Como el águila soy que lleva hundida
En su ala enorme la traidora flecha,
Y va sangrando siempre de su herida.
Desalentada, atónita y maltrecha
Por la ancha inmensidad vuela perdida,
Hasta que encuentra, al desplomarse inerte,
En abrupto peñon oscura muerte.

XXXV

¡Yo tambien moriré!... ¿Dónde? ¡Quién sabe!
Desesperado y con mi herida abierta
Pudiera hallar mi tumba como el ave
Quizás en roca estéril y desierta.
No habrá, do quiera que el pesar me acabe,
Quien, abrazado á mí, lágrimas vierta,
Ni quien cierre mis ojos y recoja
Mi último beso, mi postrer congoja.

XXXVI

¡Olas del mar que con la frágil quilla
De mi libre bajel rompo y quebranto,
Corred, llegad á la britana orilla
Crecidas y amargadas con mi llanto.
Y allí, do triste y silencioso brilla
Mi abandonado hogar, si alcanzais tanto,
Decid, junto á la lumbre, al ángel mio,
Que estoy muriendo de cansancio y frio.

XXXVII

¡Frio del corazon que hasta mis huesos
Penetra y por mis venas se derrama,
Y agolpa á mi memoria los sucesos
De mi vida, en confuso panorama!
Sólo el calor de tus amantes besos,
No los pálidos rayos de la fama,
Pudieran dar al alma entumecida
De tu padre infeliz, aliento y vida.

XXXVIII

¡Pero jamas tu sonrosada boca
En mí se posará! Nunca el abrigo
De tus brazos tendré! Sufrir me toca
Errante y resignado mi castigo.
¡Oh! si no tienes corazon de roca,
Cuando se cebe la opinion conmigo
Y escarnecido mi recuerdo veas,
Compadéceme, y gime, y no lo creas (4).

XXXIX

Acaso te dirá que ingrato y duro
Abandoné la cuna en que dormias,
Que no tuve piedad, que fui perjuro,
Y me encenago en crápulas y orgias.
Te engaña, no la creas. ¡Te lo juro
Por mí, por tí, por los fugaces dias
De amor y calma que gocé á tu lado!
Pude imprudente ser, mas no culpado.

XL

¡Llora pensando en mí! Justo es que llores,
Pues mientras dure de mi vida el hilo,
Iré siempre á merced de mis dolores
Sin paz, sin esperanza y sin asilo.
— Mas basta ya de inútiles clamores:
Surca, velera nave, el mar tranquilo,
Que ya ilumina el sol de la mañana
La cima del Pentélico, cercana.

XL I

Al traves de los diáfanos celajes
Con que aparece la rosada aurora,
Ante mí se despliegan los paisajes
Que la naciente luz inunda y dora.
¿Serás término y fin de mis viajes
Desolada region? Dame en buen hora,
Si el cielo quiere que por tí sucumba,
Á la sombra de un sauce humilde tumba.

XL II

Ó á la orilla del mar, fuera del paso
De los mortales, donde apénas haya
Señal de vida, y con rumor escaso
Las olas se adormezcan en la playa.
Sepúltame de cara hácia el ocaso,
Para que, cuando el sol á hundirse vaya
En las costas de Albion, léjos, muy léjos,
Me alumbre con sus últimos reflejos.

XL III

¡Ay! Esa luz incierta y fugitiva,
Cuando á la tarde sobre mí se abata,
Será como un recuerdo que reciba
De mi patria orgullosa y siempre ingrata (5).
Mas ¿quién piensa en morir? Grecia cautiva
Hoy de su férreo yugo se desata
Y miéntras libre y próspera no sea,
Morir es desertar de la pelea.

XL IV

¡Grecia, Grecia inmortal! ¡Madre amorosa
De héroes y genios! ¡Sosegada fuente
De rica inspiracion! ¡Fecunda esposa
Del arte! ¡Eterna luz de nuestra mente!
¡Con qué ansiedad tan íntima y piadosa
Por vez primera respiré tu ambiente!
Y al escuchar el són de tus cadenas,
¡Con cuánta indignacion lloré en Aténas!

XL V

Yo recorrí tus campos, tus sombríos
Bosques y tus poéticas colinas;
Templé mi sed en tus sagrados ríos
Y me bañé en sus ondas cristalinas.
Entregado á mis vanos desvarios,
Con mudo asombro contemplé tus ruinas
Iluminadas por el cielo heleno,
De música y color y aromas lleno.

XL VI

¡Cuál se destacan los contornos puros
Del templo secular! La verde hiedra,
Trepando inquieta por los altos muros,
En la hendida pared do arraiga y medra.
Mueve el aire sus vástagos oscuros,
Colora el sol ennegrecida piedra,
Y parece que inmóvil en la cima
El moribundo Partenon se anima.

XLVII

Allí sestea el balador ganado,
Paciendo en calma la reseca hierba
Que crece al pié del templo consagrado
Á las fecundas artes de Minerva.
El pastor perezoso y descuidado,
Á quien el sol canicular enerva,
Duerme tranquilo en la agostada alfombra,
Del mutilado pórtico á la sombra.

XLVIII

Tranquilo duéxme ó vaga sin objeto
Al compas de los cantos que improvisa;
Dulces como la miel del monte Himeto
Que en el lejano término divisa.
El, de una raza de gigantes nieto,
Su heróica tierra indiferente pisa,
Y no guarda indolente en su memoria,
Ni el propio origen, ni la patria gloria.

XLIX

Mas la conserva el mundo. En vano, en vano
Celosos de tus ínclitas empresas,
El tiempo adusto y el rencor humano
Redujeron tus templos á pavesas.
En vano, ¡oh Grecia! la implacable mano
De tu opresor envilecida besas :
Tan excelso renombre conseguiste
Que á la edad y á tu infamia se resiste.

L

¡ Y nunca morirá! Puede la lumbre
Extinguirse en tu claro firmamento ;
Puede rodar la inmensa muchedumbre
De tus dioses, postrada y sin aliento ;
Pero los ecos de la enhiesta cumbre,
Los rumores del bosque, el mar y el viento,
Repiten cadenciosos los gemidos
De tus dioses olímpicos vencidos.

LI

Vencidos, mas no muertos. ¿ Hay alguno
Que no viva en el mundo de la idea ?
En él fulgura Apolo, alienta Juno,
Duerme en su concha Vénus citerea.
En su carro marino el dios Neptuno
Por el undoso piélago pasea,
Júpiter vibra el rayo ignipotente
Y orla Baco de pámpanos su frente.

LII

Aún ciñendo su rústica guirnalda
Turban nuestra memoria tus bacantes,
Con el cabello suelto por la espalda
Y los desnudos pechos palpitantes.
Aún vagan en silencio por la falda
Del sacro Pindo que animaron ántes,
Tristes las Musas, pero siempre hermosas,
Coronadas de lauro, y mirto y rosas.

LIII

La rabia en los mortales corazones
De tus negras Euménides aún dura;
Aún surcan tus nereidas y tritones
Del hondo mar la líquida llanura;
Aún se perciben los alegres sonos
De la flauta de Pan en la espesura,
Cuando ensalza y endiosa la grandeza
De la amante y feraz naturaleza.

LIV

La luminosa huella de tu paso
Es estela que nunca se ha extinguido,
Y conservas tu fama, como el vaso
Guarda el aroma del licor vertido.
Se alza Homero en la cumbre del Parnaso,
Resistiéndose al tiempo y al olvido,
Y de tus ricas artes los despojos
Encanto son del alma y de los ojos.

LV

Labra el mármol con mano ejercitada
Fidias, infúndele su fuego interno,
Y da á la humanidad maravillada
De la eterna belleza el molde eterno.
La piedra por el genio fecundada
Palpita á impulsos del amor materno,
Y surge de su entraña endurecida
La estatua llena de reposo y vida.

LVI

La ardiente inspiracion del viejo Esquilo,
Sorprendiendo el dolor de Prometeo,
Revela al mundo en prodigioso estilo
Las perdurables ansias del deseo.
Jove impasible, pero no tranquilo,
Oye el rugir del indomable reo,
Que encadenado á la escarpada roca
Con renaciente furia le provoca.

LVII

¡No, no te asuste lo futuro ignoto,
Comarca infortunada! Aunque tus dias
Cortase de improviso el terremoto
Y te tragara el mar, no moririas.
Bastaran una estrofa, el dorso roto
De una estatua, un fronton, cenizas frias
De tu pasado, para no olvidarte
¡Oh cuna de los dioses y del arte!

LVIII

¡Con cuán amarga indignacion, con cuánto
Dolor, presa de un déspota contemplo
Tanta belleza incomparable, y tanto
Recuerdo augusto á la virtud ejemplo!
Todo me inspira lástima y espanto:
El arco hendido, el derribado templo,
La columna volcada entre la hierba,
Tus hijos degradados y tú sierva.

LIX

¿Y ha de vivir en abyeccion profunda
Siglos y siglos tu escogida raza?
No : ponte en pié, revuélvete iracunda,
El fuerte escudo minervino embraza.
Para romper tu bárbara coyunda,
De Hércules caiga la pujante maza,
Acostumbrada en sus fornidas manos
Á rendir monstruos y á domar tiranos.

LX

Lanzas te den tus bosques, tus cadenas
Hierro para luchar, las tempestades
Su furor, y el recuerdo de tus penas
Odio mortal para que no te apiades.
Convierte tus peñascos en almenas,
Tus campos tala, incendia tus ciudades :
Y si ser grande y respetada quieres,
De tí no más la salvacion esperes.

LXI

Recuerda ; oh Grecia ! los antiguos hechos
De tus hijos magnánimos y bravos,
Y reconquista sola tus derechos]
Sin fiar en latinos ni en esclavos.
Cubra la cota bélica tus pechos
Cansados ya de amamantar esclavos ;
Y el rayo destructor tu diestra vibre,
Que quien sabe morir sabe ser libre.

LXII

Asi entendieron el valor tus bellas
Y nobles hijas en la infausta rota,
Con que probar quisieron las estrellas
La fe de un pueblo enérgico y patriota
Cuando madres, esposas y doncellas,
Siguiendo en pos de la region suliota (6),
Vieron, con sed inútil de venganza,
De sus deudos la bárbara matanza.

LXIII

El implacable Alí, de rabia ciego
Y ansioso de vengar viejos reveses,
Cayó de pronto sobre el campo griego
Como la tempestad sobre las mieses ;
Y entró con furia tal á sangre y fuego,
Azuzando á sus rudos albaneses,
Que cuando á la salida se previno
Le cerraban los muertos el camino.

LXIV

Con mudo afan y punzadora pena
Multitud de mujeres contemplaba
El brutal frenesí de aquella hiena,
Desde una roca inaccesible y brava ;
De acerbo llanto silenciosa vena
Sus lívidos semblantes inundaba,
Y ante aquel espectáculo sangriento
Ni un suspiro exhalaron, ni un lamento.

LXV

¡ Cuán mortalmente á todas de rechazo
El bronco golpe del cañon heria !
Que era el combate decisivo, el plazo
Funesto, interminable la agonía.
Sólo el cándido niño en el regazo
Maternal, inocente sonreía,
Sin comprender su desventura horrenda.
Y ajeno, el triste, á la feraz contienda.

LXVI

Firmes como granítica muralla,
De sangre, y polvo, y de sudor cubiertos
Los griegos esperaron la metralla
De su trágico fin ni un punto inciertos.
Pudo el turco en el campo de batalla
Contar á los vencidos por los muertos,
Que Alí no dió cuartel, ni hubo suliota
Capaz de resignarse á su derrota.

LXVII

De pié sobre la ingente cortadura
Del agrío monte en cuyo fondo mismo,
Espumoso torrente de agua oscura
La grandeza aumentaba del abismo,
Madres, hijas y esposas sin ventura,
Del terror en el fiero paroxismo,
Veían con atónita mirada
El término fatal de la jornada.

LXVIII

¡ Todo acabó ! Desgarrador lamento
Que el eco repitió de cumbre en cumbre,
Brotó, en la angustia del postrer momento,
De aquella estupefacta muchedumbre,
Trastornada, convulsa, sin aliento,
Prefiriendo á la torpe servidumbre
La palma del martirio victoriosa,
Y á las infamias del harem, la fosa.

LXIX

Cual si cediese á inspiracion secreta
Ó á ley divina, en su furor creciente
Abalanzóse hácia la enorme grieta
Que daba paso al bramador torrente. —
Todo, todo yacia en paz completa :
La tierra muda, el cielo indiferente,
El viento adormecido, el mar en calma...
¡ Qué sola está cuando padece el alma !

LXX

¡ Ay ! — con acento entrecortado y hondo
Clamó una madre, de ósculos cubriendo
Al hijo de su amor : — Yo te respondo
De que libre serás ! — Y esto diciendo,
Despeñó al niño, que rodó hasta el fondo
Del voraz antro, con medroso estruendo.
Y sonó un grito de ansiedad suprema
Que era á la vez gemido y anatema.

LXXI

Y todas ! ay ! en su dolor profundo,
Descompuesta la faz, con el cabello
Erizado, y la rabia, cual inmundo
Reptil, ceñida y enroscada al cuello ;
De la vida olvidadas y del mundo,
Y extinto en ellas el postrer destello
De la fe que á los míseros anima,
Dieron sus hijos á la hambrienta sima.

LXXII

¡ Una sola faltó ! De la hendidura
Que abrió un arroyo en caliza roca,
Y donde acaso en su mortal pavor
Buscó refugio atribulada y loca,
Sobre hermosa y dormida criatura
Apretada la faz, boca con boca,
Y de amarilla palidez cubierta,
No se movió una madre. ¡ Estaba muerta !

LXXIII

Ya consumado el duro sacrificio,
Todas en rueda y de la mano asidas,
Al borde del ríscoso precipicio
Giraron por el vértigo impelidas.
Al compas de su lúgubre ejercicio
Iba el abismo devorando vidas,
Y sacando sus víctimas la suerte
De aquella horrible « danza de la muerte. »

LXXIV

Eran principio y fin de su camino
La fiebre arriba y el sepulcro abajo,
Y una tras otra en raudo remolino
Fuéron cayendo en el inmenso tajo (7).
¡ Confunda Dios al déspota asesino
Que á tan sangrienta extremidad las trajo,
Y déle como premio á sus hazañas,
Hijas sin fe, y esposa sin entrañas !

LXXV

Pero es forzoso que mi canto acabe,
Ya llegamos al puerto : ya sumisa
Da fondo en él la afortunada nave,
Columpiándose al soplo de la brisa.
Ya recoge sus alas como el ave
Que al nido llega, y con ingénua risa
Saluda el marinero enternecido,
Como el ave también, su patrio nido.

LXXVI

¡ Feliz mil veces él ! ¡ Cuán placentera
Con blando afan, en la cercana orilla
Le aguardará quizá su compañera,
Inocente como él, como él sencilla !...
¡ Ay ! ¡ Quién me espera á mí ? ¡ Grecia me espera
Doblo ante su infortunio mi rodilla,
Y mientras lllore opresa y desgarrada,
Lira, ¡ déjame en paz !... ¡ Venga una espada !